

## Capítulo 12

---

### **Geopolítica sudamericana y la Antártida: ¿Confrontación o cooperación?**

*Jack Child*

Muchas circunstancias convergentes sugieren que la Antártida puede merecer gran atención geopolítica en América del Sur durante la década por venir.

En parte, esto se debe a que muchos de los otros focos de larga duración de la geopolítica del continente sudamericano han encontrado solución o han decrecido en prioridad. Por ejemplo, la histórica rivalidad geopolítica argentino-brasileña, que siempre ha sido una fuerza motriz en las relaciones internacionales sudamericanas desde la independencia, evidentemente ahora ha cedido paso a un alto grado de cooperación entre estas dos naciones clave. Las tensiones entre Chile y la Argentina por las islas del canal de Beagle y las aguas circundantes fueron resueltas a mediados de la década de 1980, gracias a la intervención del Vaticano. Y el tranquilo acontecer del Centenario de la Guerra del Pacífico (1879-1883) ha disminuido las tensiones a lo largo de la costa pacífica de América del Sur.

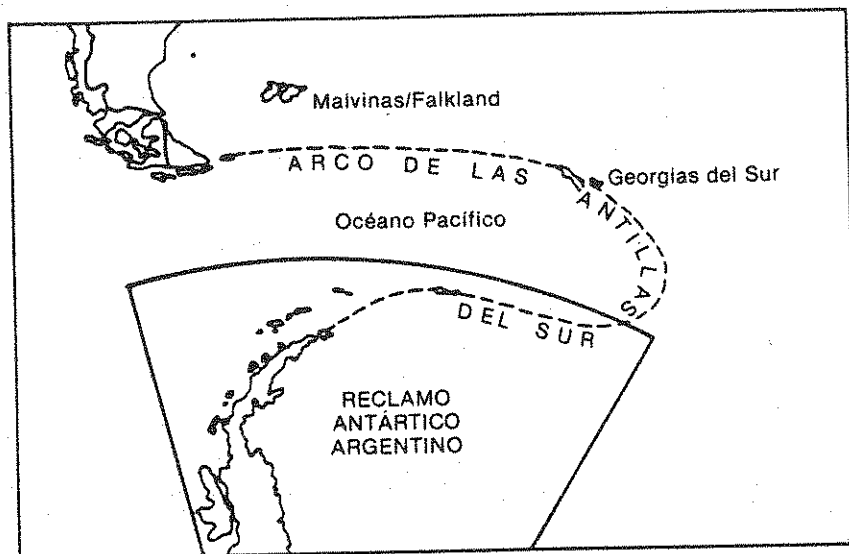
Además, el trauma de la derrota argentina a manos de los británicos por las islas Malvinas/Falkland en 1982 condujo al surgimiento de una fuerte corriente de solidaridad en América latina. Esta corriente ha incluido otros temas, tales como el devastador problema de la deuda y la necesidad de integración latinoamericana con el fin de enfrentar las presiones externas. Aunque quizás no de manera tan fuerte y duradera como sostienen sus defensores, parece haber poca duda con respecto a que la cooperación sudamericana y latinoamericana está alcanzando niveles sin precedentes.

La crisis Malvinas/Falkland también concentró creciente atención geopolítica en el Atlántico Sur y en la cadena de islas australes que parecen unir el extremo austral de América del Sur con la Península Antártica con un largo arco que se curva hacia las islas Sandwich del Sur retrocediendo luego (ver gráfico 12.1). La iniciativa brasileña de hacer de esta vasta área una "zona de paz" encontró el apoyo retórico de muchos sectores de América latina y el Tercer

Mundo y también sirvió para revigorar el potencial estratégico y económico de esta región.

Otros dos factores dan cuenta del acrecentado interés geopolítico de Sudamérica en la Antártida: recursos y presiones de tiempo. Los recursos son más potenciales y especulativos que reales y explotables, pero la creencia ampliamente difundida de que hay petróleo y gas en el continente o cerca de él es un imán poderoso. En menor grado, la probada realidad de los recursos marítimos vivientes (peces, krill, focas y ballenas) también resulta de interés en un mundo hambriento. Las presiones de tiempo emanan de una cláusula del Tratado Antártico que establece que luego de un período de treinta años (es decir, en 1991), cualquiera de los miembros consultivos puede requerir una reunión para rever la vigencia del tratado y posiblemente pedir modificaciones, incluyendo nuevos o mayores reclamos, o el retiro directo del sistema del tratado. Esto ha dado origen a la percepción errónea y ampliamente difundida de que el tratado llegará a su fin, o será cambiado, en el futuro próximo. Aunque no es esto lo que dice el tratado, muchos artículos en la prensa popular y geopolítica adoptan el punto de vista de que su nación debe prepararse para cambios repentinos que puedan producirse en el Sistema del Tratado Antártico en los próximos años.

Gráfico 12.1 - Arco de las Antillas del Sur



El arco se extiende desde la isla de los Estados hasta las islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur; retrocede luego pasando por las Orcadas del Sur y Shetland del Sur hasta la Península Antártica. Muchos geopolíticos chilenos sostienen que el arco forma el límite natural entre los océanos Pacífico y Atlántico. Tal desviación de océanos favorece a Chile a expensas de la Argentina, ya que ambos países aceptan el principio bioceánico de que la Argentina domina en el Atlántico Sur y Chile en el Pacífico Sur.

Por lo tanto, ha surgido una tendencia perceptible a llevar algunas de las corrientes geopolíticas históricas de confrontación y cooperación fuera del continente sudamericano hacia las islas australes y el continente antártico. En el continente antártico mismo, una sorprendente formación de naciones y partes interesadas ha incrementado su presencia en los últimos años. Hay estados que reclaman grandes trozos de la Antártida como si fueran territorio soberano, en tanto otros sostienen que tienen motivos para reclamos similares pero se abstienen de hacerlos por el momento. Hay en la actualidad casi cuarenta miembros del Sistema del Tratado Antártico, pero éstos representan una serie de intereses. Las naciones del Tercer Mundo, tanto que se encuentren dentro o fuera del sistema del Tratado, sostienen que cualquier beneficio económico derivado de la Antártida debería ser "para el beneficio común de la humanidad". Mientras tanto, varios grupos ecológicos abogan por mantener el continente como un "parque mundial", preservado por siempre para la ciencia y un número limitado de turistas.

El Sistema del Tratado Antártico, régimen político internacional único surgido de la cooperación científica de hace tres décadas, ya no es un club "cerrado" del pequeño número de naciones que exploraron y estudiaron en el pasado distante.

Las doce partes signatarias originales (conocidas también como partes "consultivas originales" debido a su función en la toma de decisiones del sistema) fueron la Argentina\*, Australia, Bélgica, Chile\*, Francia\*, Japón, Nueva Zelanda, Noruega\*, Sudáfrica, Unión Soviética, Reino Unido\* y Estados Unidos. (Los asteriscos indican los siete países que habían sentado reclamos de soberanía territorial antes de la firma del Tratado en 1959.) Según el Tratado, ninguno de los reclamos de las naciones signatarias es negado o afirmado; no pueden hacerse nuevos reclamos.

Las partes consultivas que se sumaron posteriormente fueron Polonia (1977), República Federal de Alemania (1981), Brasil (1983), India (1983), República Popular China (1985), Uruguay (1985), Italia (1987) y la República Democrática Alemana (1987). Por lo tanto hay actualmente veinte miembros consultivos (total participación en la toma de decisiones) del Sistema del Tratado Antártico.

También hay ahora dieciocho partes adherentes, que tienen voz pero no voto en las deliberaciones del sistema del Tratado: Checoslovaquia (1962), Dinamarca (1965), Holanda (1976), Rumania (1971), Bulgaria (1978), Perú (1981), Papúa Nueva Guinea (1981), España (1982), Hungría (1984), Suecia (1984), Finlandia (1984), Cuba (1984), Corea del Sur (1986), Grecia (1987), Corea del Norte (1987), Austria (1987), Ecuador (1987) y Canadá (1988). Estos hacen un total de treinta y ocho signatarios del Tratado.

Es interesante señalar que los tres actores geopolíticos principales de América del Sur (la Argentina, Brasil y Chile) son miembros cabales del sistema, mientras que otras naciones latinas con interés en la Antártida (Uruguay, Perú, Ecuador y Cuba) también son miembros. De estas naciones, la Argentina, Chile, Brasil y Uruguay, todas tienen bases permanentes

funcionando todo el año en la Antártida, mientras que Perú y Cuba han enviado sistemáticamente observadores a trabajar y vivir en las bases de naciones amigas. Perú parece estar ahora considerando seriamente el montaje de una base permanente y Ecuador muestra creciente interés en el proyecto (Mercado Jarrín, 1984). Ambos países han enviado expediciones de corta duración en las temporadas de verano.

La creciente atención geopolítica prestada por Sudamérica a la Antártida y sus aguas circundantes podría adquirir un tono ya sea de confrontación o de cooperación. La historia de las tensiones geopolíticas en América del Sur, por un lado, sugiere la probabilidad de confrontación, especialmente entre la Argentina, Chile y el Reino Unido. A estas rivalidades geopolíticas históricas en la Antártida se debe agregar el recién llegado Brasil, y así la posible transferencia de la vieja rivalidad geopolítica argentino-brasileña a la Antártida (de Castro, 1956; Menezes, 1982; Pinto Coelho, 1983).

Por otro lado, la recuperación de la geopolítica de cooperación en América del Sur a mediados de la década de 1980 sugiere que las naciones sudamericanas quizás puedan tomar una posición coordinada e integrada. Esta corriente siempre ha existido en la geopolítica sudamericana pero ha tendido a ser eclipsada por la más fuerte corriente conflictiva. Si se la vincula con los ideales de integración latinoamericanos, la tendencia hacia la redemocratización y el resentimiento contra los percibidos como extraños "colonialistas" y explotadores (Estados Unidos y Reino Unido), esta posición sudamericana de cooperación puede no traer paz y tranquilidad al área. Debería enfrentar la firme oposición de otros numerosos países con presencia e interés en el cuadrante antártico americano que abarca desde el meridiano de Greenwich hasta los 90° oeste. Estos países ahora incluyen Estados Unidos, Unión Soviética, Polonia, República Popular China, Sudáfrica, India y muchos otros.

#### LA SIGNIFICACIÓN GEOPOLÍTICA DE LA ANTÁRTIDA

Las interpretaciones de la significación geopolítica de la Antártida dependen de la distancia. Hay poco análisis geopolítico y estratégico de la Antártida en Estados Unidos, por ejemplo, donde el interés se centra más en los aspectos científicos y ecológicos. Aquellas naciones más próximas a la Antártida, especialmente Chile y la Argentina (pero también en algún grado Australia y Nueva Zelanda) sí enfatizan estos aspectos geopolíticos, a veces hasta el punto de obvia exageración. Existe también una tendencia a hacer ciertos paralelos con aspectos estratégicos del Ártico, a pesar de algunas diferencias evidentes.

Una región que recibe considerable atención es el pasaje de Drake entre la punta de la Península Antártida y la porción austral de América del Sur. La literatura geopolítica sudamericana pone de relieve la gran significación estratégica de este punto de estrangulación de 600 millas, especialmente como ruta alternativa al canal de Panamá, si éste alguna vez se cerrara o fuera negado a una nación en particular. Este tipo particular de análisis tiende a ignorar que

hay una cantidad de otros medios de transporte y que controlar el pasaje de Drake no es materia fácil debido a las distancias y a las dificultades de orden climático. La significación de la Península Antártica en la proyección de poder hacia las vías marítimas del Atlántico Sur también es frecuentemente subrayada, pero esto, también, ignora la realidad de que las principales vías marítimas del Atlántico Sur, por sobre todo las rutas petroleras que bordean el extremo sudafricano, están muy alejadas del pasaje de Drake y de los sectores antárticos cercanos a América del Sur.

El análisis geopolítico sudamericano de esta área ha tendido a resaltar la significación de las islas entre América del Sur y la Antártida. Estas pueden agruparse en tres categorías: las islas australes sudamericanas, las islas del Arco de Scotia y las Malvinas/Falkland. Las islas australes sudamericanas siempre han afectado las relaciones argentino-chilenas, pero el período de mayor tensión parece haber sido superado ahora, con la solución de la disputa por las islas del canal de Beagle. Sin embargo, este acuerdo no fue bien visto por muchos pensadores geopolíticos argentinos nacionalistas, quienes sienten que la solución favoreció demasiado a Chile y que la posesión chilena de las islas interrumpe la continuidad entre la Argentina continental, insular y antártica (Levingston, 1985, 28-29). Las islas del Arco de Scotia (Georgias del Sur, Sandwich del Sur, Orcadas del Sur y Shetland del Sur) tienen significación geopolítica en términos tanto de posesión como de valor demarcatorio del límite entre el Atlántico y el Pacífico. El país que las posee se encuentra claramente en mejor posición para reforzar su reclamo antártico y negar los reclamos de los demás. (En la actualidad Gran Bretaña tiene en su poder las Georgias del Sur y Sandwich del Sur; como las islas Orcadas del Sur y Shetland del Sur están dentro del área del Tratado Antártico, la soberanía efectiva sobre las mismas es ambigua.) Además, si las bases logísticas de la nación se encuentran distantes, como en el caso de Gran Bretaña las islas del Arco de Scotia desempeñan un papel importante como zona de apoyo y escala para las actividades antárticas. Las Malvinas/Falkland han tenido un perfil geopolítico muy elevado desde el conflicto anglo-argentino de 1982, y durante mucho tiempo han sido un elemento importante en la proyección antártica británica. La Argentina no las necesita para facilitar sus actividades antárticas, pero si el país pudiera negárselas a Gran Bretaña, reforzaría considerablemente su reclamo antártico. Un tema reiterado en la literatura geopolítica argentina (y en algún grado en la de otros países sudamericanos) es que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) está bien enterada del valor estratégico de las Malvinas/Falklands en lo que respecta a la Antártida, el pasaje de Drake y las vías marítimas del Atlántico Sur. El argumento presenta la tesis de que el apoyo de Estados Unidos y Europa a Gran Bretaña en la guerra se debió principalmente al interés de la OTAN por tener una base en las islas (Reimann, 1983, 56). La presencia de muchas naciones de la OTAN en el cuadrante antártico americano ayuda a confirmar las sospechas de los que se inclinan por apoyar este concepto. Hay muchas referencias a la "Fortaleza Falklands" en la literatura geopolítica sudamericana, que trazan paralelos con Gibraltar. Aun-

que, en realidad, Gran Betaña no ha podido convencer a los aliados de la OTAN de participar en la construcción o guarnición de la "Fortaleza Falklands", y las fuerzas involucradas resultan un sumidero para los compromisos de la OTAN, los geopolíticos sudamericanos siguen desconfiando.

La renovada atención en el Atlántico Sur y la Antártida luego del conflicto de 1982 ha reavivado el interés por las inferencias antárticas de la Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS), el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Pacto de Río) y la Zona de Paz del Atlántico Sur. La OTAS fue inicialmente puesta en circulación en la década de 1960, sobre todo por geopolíticos navales sudamericanos, como una forma de llenar el vacío estratégico que ellos advertían en el Atlántico Sur. Aunque Estados Unidos mostró algún interés, la idea de la OTAS nunca fructificó debido a las distancias y debido a que, para funcionar efectivamente, debería haber incluido a Sudáfrica. El Tratado de Río es relevante porque sus límites se extienden por el este hasta las islas Sandwich del Sur, y por el sur hasta el Polo. La Argentina siempre ha considerado esto como su esfera geopolítica de influencia y ha reaccionado con preocupación ante los geopolíticos brasileños que hablan de que su nación posee una responsabilidad especial de seguridad en el área hasta una zona tan austral como la Antártida. De hecho, gran parte de la justificación geopolítica brasileña de un programa antártico creciente recae sobre este tipo de análisis. También recae sobre el argumento que expresa lisa y llanamente que Brasil debe proteger esta área dado que la Argentina ha indicado claramente que no puede (de Castro, 1983, 29-34). En oposición a este factor irritativo en las relaciones argentino-brasileñas se encuentra la iniciativa brasileña en las Naciones Unidas de declarar el área Zona de Paz, y eventualmente prohibir las armas nucleares en la región. Los geopolíticos argentinos reaccionaron con ambigüedad ante esta propuesta. Aunque favorece a la Argentina al fijar restricciones a las actividades militares británicas y de la OTAN, también representa otra intrusión brasileña en un área que los argentinos tradicionalmente han considerado dentro de su esfera de influencia geopolítica.

En ocasiones, el paralelo ártico aparece en la literatura geopolítica del Cono Sur en términos de la transferencia de conceptos estratégicos del hemisferio norte al hemisferio sur. Se han publicado algunos artículos algo imaginativos que sostienen que las superpotencias tienen intenciones de instalar armas avanzadas en la Antártida y los mapas adjuntados muestran el alcance de diversos tipos de misiles con ojiva nuclear establecidos en la Antártida. (Escuela Interamericana de Defensa, 1985, 10-65). Desde una perspectiva militar realista, tiene poco sentido ubicar tales armas en la Antártida debido a la transparencia física y política del ambiente. Quizás algo más importante aún, otros sistemas de armamentos, en particular los submarinos nucleares, hacen que la instalación de semejantes armas en la Antártida resulte obsoleta. Existen algunos intereses estratégicos de las superpotencias en la Antártida, pero son relativamente menores y tienen que ver con las comunicaciones y la recolección de datos con fines científicos y de lanzamiento de misiles.

Los geopolíticos sudamericanos también han resaltado la significación de

las rutas aéreas transpolares, que también es un concepto traído del norte. Es verdad que las rutas aéreas sobre las regiones árticas tienen importancia considerable y han acortado una cantidad de vínculos de transporte. Como resultado, han atraído creciente atención hacia la región y han servido para desarrollarla en algún grado. Por desgracia, no puede decirse lo mismo de las rutas aéreas australes para el futuro cercano, dado que la demanda de viajes entre las naciones más australes del Hemisferio Sur es mínima. Por lo tanto, los planes para hacer instalaciones de apoyo aéreo en la Antártida y facilitar los vuelos entre América del Sur y Australia y Nueva Zelanda han fracasado.

Muchos análisis geopolíticos de las inferencias meteorológicas y ecológicas de la Antártida tampoco parecen realistas. Bien puede ser verdad que la Antártida influya sobre el clima del Amazonas y sobre la creación de un fenómeno tan importante como la corriente del Niño en el océano Pacífico, pero no está clara su posible significación geopolítica.

Las publicaciones de geopolítica de recursos tienen una base más realista, pero aun así, la perspectiva de cualquier recurso económicamente explotable puede verse atemperada por el conocimiento de que los recursos todavía no han sido probados. Inclusive en el caso de que lo sean, su explotación comercial deberá aguardar la tecnología que aún está por inventarse y los precios mundiales, que deberían ser mucho más elevados que los actuales.

Ninguno de estos argumentos basados en la realidad militar o económica ha persuadido a los autores geopolíticos sudamericanos a disminuir su interés en la Antártida y las aguas e islas circundantes. La presencia de las superpotencias y sus aliados en la región, y especialmente en la cercana península antártica, estimula su interés y les sugiere que algo importante debe de haber allí, porque de no ser así estas grandes potencias no se estarían molestando. Existen sospechas de que la Unión Soviética y Estados Unidos están haciendo diligente prospección de petróleo y minerales preciosos so pretexto de la ciencia. Aun los proyectos que se presume son puramente científicos, tales como la investigación del "agujero" de ozono y la recolección de datos para apoyar la exploración espacial, son sospechosos. En el análisis final, la variable clave de la proximidad geográfica sigue ejerciendo su magia geopolítica: las naciones cercanas a la Antártida (y esto es especialmente cierto para la Argentina y Chile) son renuentes a abandonar su sensación de tener un papel especial en "su" territorio antártico, y la presencia de naciones externas (independientemente de la fuerza con que la apoyen la historia y la ciencia) pasará por un cerrado escrutinio. La geopolítica sudamericana también tiene una fuerte tradición de futurología, mirando hacia el día en que la tecnología y el agotamiento de los recursos en el resto del mundo justifiquen todo su interés en los recursos de la Antártida y los océanos australes.

*La Argentina*

Una comprensión de las aproximaciones geopolíticas argentinas a la Antártida es fundamental debido a la larga historia antártica de dicho país, y porque la geopolítica antártica argentina tiende a modelar las políticas antárticas de otras varias naciones sudamericanas. Hay una "conciencia antártica" muy desarrollada en la Argentina, y una profunda creencia de que la nación nunca estará completa hasta que las varias partes que la integran (sudamericana, insular, antártica y mar argentino) estén bajo total control argentino.

Los analistas geopolíticos argentinos enfatizan la inferencia estratégica de la proximidad de la Antártida, y el papel especial de la Argentina (junto con Chile) como custodia del pasaje de Drake desde el Atlántico hasta el Pacífico. Este interés naturalmente ha tendido a concentrarse en la Península Antártica (llamada Península de San Martín por los argentinos), sitio de las principales bases argentinas (Fraga, 1979).

En su acción para fortalecer su posición antártica, la Argentina ha dado innumerables pasos para incrementar su presencia y realizar actos administrativos que algún día pudieran resultar útiles para defender su reclamo. A través de los años, estas actividades han incluido observaciones científicas, operación de estaciones postales y de radio, establecimiento de colonias de familias, nacimiento de ciudadanos argentinos en territorio antártico, mantenimiento de un registro civil para nacimientos, casamientos y otros acontecimientos, e inclusión de argumentos geopolíticos de soberanía en el currículum de las escuelas nacionales y en medios populares.

El conflicto Malvinas/Falkland sirvió para renovar el interés geopolítico argentino en el sur y, sin embargo, extrañamente parece haber disminuido algo la intensidad del sentimiento con respecto a la "Antártida argentina". Parece crecer la comprensión de que no es muy real la posibilidad de lograr un reclamo por la soberanía antártica que además alejaría una cantidad de aliados importantes cuyo apoyo es necesario para la causa Malvinas. Por lo tanto, existe una cautelosa pero intrigante discusión sobre la posibilidad de compartir la soberanía antártica con otras naciones latinoamericanas bajo el liderazgo argentino (Escudé, 1984, 86-89, 160-165; Rozitchner, 1985, 121-122; Leal, 1983, 14-17).

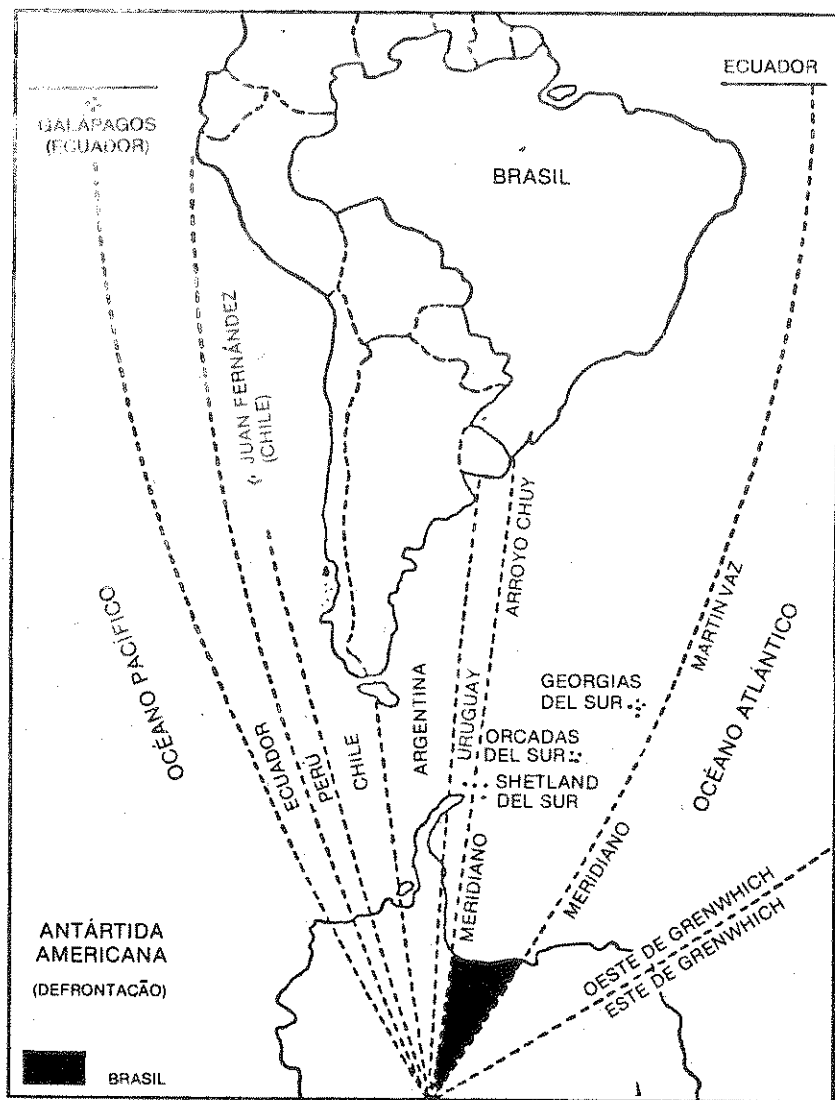
Esta flexibilidad tentativa y cautelosa sobre los temas geopolíticos antárticos, es también una reacción a una serie de desafíos a los intereses argentinos en la Antártida. Chile plantea un conjunto de desafíos con su propia historia antártica igualmente larga, su presencia y sus poderosos argumentos sobre soberanía basados en cercanía y *uti possidetis*. La rivalidad geopolítica chileno-argentina ha tenido un impacto importante sobre sus relaciones internacionales a veces tirantes, en especial sobre temas limítrofes, tales como el trazado de la frontera a lo largo de los Andes, la posesión de las islas del canal de Beagle, y el trazado de la línea divisoria entre los océanos Pacífico y Atlántico. Por lo

tanto, no debería sorprender que esta rivalidad surgiera también en la Antártida. No obstante, también hay corrientes de cooperación geopolítica con Chile, destacándose en particular el espíritu de un acuerdo bilateral de 1948 por el cual los dos países reconocían mutuamente sus intereses antárticos y sus derechos de soberanía, aunque estaban imposibilitados para alcanzar acuerdo alguno sobre los límites de sus respectivos reclamos sobrepuestos. El acuerdo por las islas del canal de Beagle alcanzado en 1985 abrió la posibilidad de una mayor cooperación en la Antártida, especialmente si se lo enmarcara en términos de solidaridad latinoamericana como medio para bloquear la penetración externa en la Antártida sudamericana.

Gran Bretaña plantea un conjunto diferente de desafíos geopolíticos. El control británico efectivo sobre las Malvinas/Falkland, las islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur, tiene claras inferencias sobre los intereses antárticos británicos. Resulta así, que uno de los objetivos básicos de la Argentina en su tentativa de obtener estas islas de Gran Bretaña es reforzar su reclamo antártico a expensas del de Gran Bretaña. En otros dos archipiélagos dentro de los límites del Tratado Antártico (Orcadas del Sur y Shetland del Sur), las instalaciones argentinas y británicas están casi pegadas, junto con las de varias naciones más. Este es un tributo a la efectividad del Sistema del Tratado Antártico, pero es también una advertencia de algunas de las inferencias de la posible ruptura del sistema. La preocupación argentina por los desafíos británicos sobre la Antártida y el Atlántico Sur también incluye la inquietante posibilidad de una alianza o entendimiento informal entre Gran Bretaña y Chile, de quienes podría decirse que comparten un adversario geopolítico común en la Argentina (*New Statesman*, 1985, 8-10).

Brasil presenta una amenaza geopolítica más reciente para los intereses antárticos argentinos. La rivalidad geopolítica argentino-brasileña es, por supuesto, histórica y se remonta cinco siglos atrás a las tensiones entre España y Portugal. Pero ha sido solamente en estos últimos años cuando Brasil ha tomado activo interés en la Antártida y, al hacerlo, ha socavado las posibilidades argentinas en dicha región. La faceta intrigante del desafío de Brasil es que surgió de un concepto puramente geopolítico: la idea de dividir el cuadrante antártico sudamericano en sectores por "frente". Como lo muestra el gráfico 12.2. esto derivaría de los meridianos abiertos (es decir, sin obstrucciones) que seis naciones sudamericanas podrían proyectar hasta el Polo Sur. El efecto neto de este enfoque por frentes es la severa penetración de los sectores argentino y chileno que otorgan un amplio sector a Brasil y sectores menores a Uruguay, Ecuador y Perú. La idea resulta especialmente atrayente a los geopolíticos brasileños porque socava el reclamo argentino de soberanía (así como también el chileno), y sugiere que Uruguay, Perú y Ecuador también podrían tener posibilidades en la Antártida si apoyaran a Brasil y no a la Argentina y Chile. Parece dudoso que Brasil esté sugiriendo con seriedad que estas seis naciones podrían hacer reclamos de soberanía, más bien parece que está tratando de debilitar la posición de soberanía argentino-chilena introduciendo a otras naciones latinoamericanas. Por lo tanto, el resultado final de este enfoque

Gráfico 12.2 - Teoria brasileira de "defrontação"



geopolítico brasileño puede ser el de reforzar la idea del condominio latinoamericano bajo el cual Brasil desempeñaría un papel principal como la potencia regional emergente. Los numerosos acuerdos bilaterales recientes entre la Argentina y Brasil sugieren que puede estar comenzando una nueva era de cooperación sin precedentes entre estos dos países. De ser así, la Antártida puede ser una arena para esta cooperación a expensas del reclamo territorial de la Argentina.

### Chile

El pensamiento geopolítico en Chile ha tenido gran influencia en muchos sectores del gobierno y privados, especialmente bajo el régimen militar instalado en 1973. El presidente, general Augusto Pinochet es el geopolítico preeminente de Chile, y bajo su administración la política antártica chilena se ha visto muy condicionada por principios geopolíticos.

Este énfasis reciente no es, sin embargo, el punto inicial de la geopolítica antártica chilena. Los historiadores argumentarían que, desde los días de la independencia, los chilenos se vieron forzados por su geografía única a ser muy sensibles a las limitaciones y posibilidades de su espacio, y que esto ha llevado naturalmente a que la geopolítica cumpla un papel importante en los asuntos nacionales.

Al igual que los argentinos, los chilenos basan su interés antártico y su reclamo de soberanía en una cantidad de argumentos, incluyendo varios con un fuerte componente geopolítico. Es así como existe un concepto de un Chile tricontinental (sudamericano, insular y antártico), unido por un mar chileno en el Pacífico Sur. Los reclamos antárticos superpuestos con los argentinos, el tema del canal de Beagle, y el problema de si la línea divisoria Atlántico-Pacífico sigue el Arco de Scotia, han conducido a tensiones geopolíticas con la Argentina (Marini, 1984; Leoni Houssay, 1984, 5-20).

Aunque ambos países son obviamente las naciones latinoamericanas más cercanas a la Antártida, Chile excluye a la Argentina por la posesión del cabo de Hornos y la isla Diego Ramírez en el pasaje de Drake. De esta manera, un tema consistente de la geopolítica chilena es su status especial como "la nación más austral del mundo". La primera publicación geopolítica de Chile fue apropiadamente llamada *Terra Australis* y contenía numerosos artículos que subrayaban la necesidad de que la nación prestara más atención a sus intereses antárticos.

El tema de la continuidad geológica y oceanográfica entre América del Sur, y la Antártida vía el Arco de Scotia es otro tema de importancia en los escritos geopolíticos chilenos, y se lo presenta de manera tal que respalde el concepto de que el Arco de Scotia es la divisoria natural. Como era de esperar, esto socaba la posición argentina y refuerza la chilena. Significativamente, el reclamo antártico chileno, a diferencia del argentino, carece de límite septentrional. La razón, según los autores geopolíticos chilenos, es que hay una continuidad

entre los tres Chiles que no requiere o permite tal límite (Marull Bermúdez, 1978, 27-34; Cañas Montalva, 1979, 89-118).

El pensamiento geopolítico chileno tiene un fuerte componente marítimo. La independencia fue en parte ganada en batallas navales, de la misma manera que lo fue el mayor acontecimiento del siglo diecinueve posterior a la independencia, la satisfactoria Guerra del Pacífico contra Bolivia y Perú. A fines de siglo, Chile era la potencia naval más importante de la subregión, al punto de que sus dirigentes se referían al Pacífico sudoriental como "un lago chileno". Este interés marítimo también se ha concentrado en los tres pasajes interoceánicos entre el continente sudamericano y la Antártida: el estrecho de Magallanes, el canal de Beagle y el pasaje de Drake. La doctrina geopolítica chilena arguye que Chile es el "custodio del portal" natural entre el Atlántico y el Pacífico y que, por lo tanto, estos tres pasajes interoceánicos deben, en la medida de lo posible, estar en manos chilenas. La posesión del otro extremo del portal (es decir, la punta de la Península Antártica) refuerza la validez de este argumento.

Lo mismo que la Argentina, Chile posee un programa de actividades antárticas bien desarrollado que incluye ciencia, actos administrativos, estaciones de radio, estafetas postales, actividades turísticas y establecimiento de colonias. Los militares chilenos tienen pleno control de las actividades antárticas de la nación, y sus bases antárticas muestran una semejanza sorprendente con instalaciones militares (Parfit, 1985, 270; observación personal, Base Teniente Marsh, Península Antártica, 1986).

Bajo el régimen de Pinochet, Chile se muestra muy sensible a la presencia de la Unión Soviética y varios de sus aliados, incluida Cuba, en el sector reclamado por Chile. Existe marcada sospecha de que los barcos pesqueros cubanos y soviéticos que navegan en el Pacífico Sur conducen actividades de espionaje o dan apoyo logístico a grupos subversivos armados que se encuentran dentro de Chile. En las islas Shetlands del Sur a lo largo de la costa occidental de la Península Antártica, hay relativamente pocas áreas libres de hielo y, como resultado, muchas naciones tienden a concentrarse en unos pocos puntos elegidos. En la isla Rey Jorge esto ha dado como resultado la ubicación de una estación chilena, una china (RPC) y una soviética (con cubanos) una al lado de la otra. Aunque las relaciones son correctas entre estas naciones, también existe el potencial de un incidente debido al estrecho contacto (INACH 1984, 59-62).

### Brasil

Como se indicó antes, es relativamente el recién llegado a la arena antártica de la geopolítica sudamericana. Su presencia física en la Península Antártica y sus crecientes intereses antárticos, se relacionan con el convencimiento de que Brasil es una potencia regional emergente con intereses de seguridad y económicos para defender, en la vasta región del Atlántico Sur y el continente antártico. La primera expedición antártica brasileña fue montada en 1982, y

su aceptación como miembro consultivo pleno del sistema del Tratado llegó al año siguiente. Los geopolíticos del país, sin embargo, ya hablaban del interés antártico de Brasil tres décadas antes y, por cierto, a ellos se debe que Brasil se haya involucrado directamente en el continente.

Gran parte de esta participación surge del poder de un único concepto geopolítico, *defrontação* (frentes), que brindó la base para un posible sector brasileño y que ha debilitado los reclamos territoriales argentino y chileno, al mismo tiempo que apela a Uruguay, Perú y Ecuador como socios en una Antártida Sudamericana.

La teoría de *defrontação* fue agriamente atacada por geopolíticos argentinos (Rodríguez, 1974), y en menor medida chilenos, que de inmediato la vieron como una amenaza a sus intereses geopolíticos nacionales en la región. Aunque el sector del frente nunca fue oficialmente aceptado como la posición del gobierno brasileño, aparece con frecuencia en los medios populares brasileños y en las publicaciones geopolíticas especializadas. Más aún, fue apoyada por una cantidad de pensadores geopolíticos brasileños que desempeñaron funciones clave en los gobiernos militares entre 1964 y 1985. Como el régimen de Pinochet en Chile, estos gobiernos estaban muy influidos por ideas geopolíticas; la básica era que Brasil tenía un destino geopolítico de grandeza como poder mundial potencial. Para alcanzar aquella grandeza, Brasil debía convertirse primero en una potencia regional creíble, y esto significaba proyectar la influencia nacional en el Cono Sur de América del Sur y más allá.

Su distancia desde la Antártida coloca a Brasil en desventaja en términos de la Argentina y Chile, los rivales potenciales. Brasil no tenía reclamos históricos serios en el Sur, excepto uno posible y tenue que surge del Tratado de Tordesillas. Los argumentos de proximidad no son útiles, aunque algunos autores sostienen que el clima de Brasil está fuertemente influido por la Antártida.

Carente de los argumentos con que cuentan la Argentina y Chile, Brasil se ve forzado a recurrir a la teoría de *defrontação* y a la idea de que el Tratado de Río le otorga una responsabilidad en la defensa del Atlántico Sur. Existe también un argumento geopolítico de "litoral" que dice que ya que Brasil es la nación con el litoral atlántico más extenso, tiene una necesidad y responsabilidad naturales de resguardar las aguas fuera de ese litoral, y esto por lo tanto lleva a Brasil al lejano Atlántico Sur y a la Antártida. El argumento OTAN-OTAS también es utilizado, presentando al Atlántico Sur como un vacío estratégico que las potencias regionales deben llenar, para que no se introduzcan las superpotencias.

Los geopolíticos brasileños hablan de un interés nacional tridentado en la Antártida: seguridad, ecología y economía (Azambuja, 1982, 275; Ibsen Gusmão Cámara, 1982, 22-23). El argumento económico se basa en las actuales actividades pesqueras y la posibilidad de que se desarrolle en la Antártida una fuente importante de energía. Esto sería de gran interés para Brasil que carece penosamente de recursos energéticos confiables para alimentar el desarrollo industrial. Aunque los realistas reconocen que faltaría mucho para poder

disponer de dicha fuente de energía, sienten que Brasil debe estar bien posicionada para una posible explotación en el futuro (Leal, 1974, 8-12; Moneta, 1981, 52-53).

Los analistas brasileños de la geopolítica antártica, lo mismo que su contraparte chilena, expresan preocupación con respecto a la presencia de la Unión Soviética y los aliados del Pacto de Varsovia en la "Antártida Sudamericana". Artículos recientes han incluido mapas que muestran cómo los soviéticos y sus aliados han ubicado sus bases en la Antártida en una serie de "triángulos estratégicos" que se apoyan mutuamente y que podrían, en tiempos de guerra, hacer una proyección de fuerza hacia el Atlántico Sur, el pasaje de Drake y otras rutas interoceánicas clave (de Castro, 1984, 85-94).

#### *Otras naciones latinoamericanas*

Los intereses geopolíticos y las actividades antárticas de otras naciones latinoamericanas se encuentran muy rezagados con respecto a los de las tres naciones consideradas antes, por razones de distancia, capacidad y carencia de doctrina geopolítica coherente sobre cuestiones antárticas.

Uruguay ha enviado personal militar a la Antártida por invitación de diversas naciones con bases y programas establecidos (principalmente Chile y Estados Unidos). Uruguay estableció su primera base en 1984 y fue aceptado como miembro consultivo en el sistema del Tratado en 1985. Sus actividades antárticas, sin embargo, son mínimas y carecen del sistema de apoyo extensivo con que cuentan la Argentina, Chile y Brasil. Las limitadas actividades antárticas de Uruguay están también en función de la realidad geopolítica de haber sido siempre un estado valla entrampado entre los dos estados más grandes del Cono Sur, Brasil y la Argentina. Quizás por un deseo de no ofender a ninguno de sus vecinos, Uruguay no ha hecho hincapié en la teoría de *defrontação* sino, más bien, en un enfoque pragmático de su presencia en la región en colaboración con vecinos cercanos. Gran parte del interés de Uruguay por el Atlántico Sur y la Antártida tiene una base histórica: los españoles prefirieron Montevideo a Buenos Aires como puerto debido a los serios problemas de sedimentación existentes sobre la margen argentina del Río de la Plata. Los españoles establecieron su apostadero principal para la región en Montevideo, utilizándolo para muchas expediciones y actividades de la pesca de focas en la zona de Malvinas/Falklands y el lejano Atlántico Sur (Fraga, 1979). El pensamiento geopolítico uruguayo también está caracterizado por una fuerte línea integracionista, y esta corriente se evidencia por los argumentos sobre un enfoque sudamericano cooperativo para el área antártica (Crawford, 1982, 34-43; Vignali, 1979).

La consideración geopolítica de la Antártida ha recibido recientemente notable ímpetu en Perú, y ha estimulado el interés oficial y popular a punto tal que parece probable que Perú pronto tenga una base permanente en la Antártida (Mercado Jarrín, 1984). Esto es destacable porque el pensamiento geopolítico en Perú tomó un curso diferente al de Chile y la Argentina, al

centrarse mucho más en las cuestiones de desarrollo interno que en la proyección externa de poder. Al igual que Brasil, Perú posee poca base histórica para un posible reclamo y, como resultado, tiene fuerte interés geopolítico en la teoría de *defrontação*, aunque su origen se atribuye a fuentes canadienses y no brasileñas. El frente daría a Perú un sector a expensas del que reclama Chile. Las relaciones de Perú con sus dos vecinos del Pacífico Sur (Chile y Ecuador) han sido históricamente difíciles, y la cobertura periodística de los intereses antárticos ha reflejado estas tensiones, sobre todo cuando titulares sensacionalistas acusan a los vecinos de codiciar "los derechos peruanos en la Antártida". Además de los argumentos del frente, los peruanos sostienen que el Tratado de Río y las cuestiones ecológicas justifican su interés en la Antártida. El argumento ecológico es de especial importancia porque la corriente fría de Humboldt originada en aguas antárticas tiene un efecto considerable sobre el clima del Perú y su industria pesquera.

Ecuador, en la actualidad, tiene sólo mínimo interés en la Antártida, aunque el país fue aceptado como miembro adherente del Tratado Antártico en 1987, y envió una expedición en el verano 1987-1988. El interés de Ecuador, como el de Perú, se basa en la teoría de *defrontação*, pero en el caso ecuatoriano el frente se derivaría de las islas Galápagos, ubicadas a unas 600 millas aguas afuera en el Pacífico. El frente surge de una zona económica exclusiva de 200 millas trazada alrededor de las islas. En lo que a la literatura geopolítica se refiere, el tema antártico sólo aparece esporádicamente en Ecuador, en particular en la revista geográfica del ejército y en algunos textos de relaciones internacionales (Villacres Moscoso, 1984, 27-30)

Cuba tiene una activa presencia antártica, gracias a la Unión Soviética, que regularmente aloja algunos científicos o personal médico cubano en sus bases antárticas. La bandera cubana flamea debajo de la soviética en la estación Bellingshausen (isla Rey Jorge), para irritación de los chilenos, distantes solamente 100 yardas.

Otras varias naciones latinoamericanas han expresado interés en la Antártida, por lo general como parte de la corriente tercermundista de hacer de los beneficios económicos de la Antártida "la herencia de toda la humanidad", negando los enfoques de soberanía o frente. Estas ideas han encontrado su canal más favorable en la Asamblea General de las Naciones Unidas, que ha incluido a la Antártida en su agenda desde 1983. La nación latinoamericana más comprometida en esta gestión ha sido Antigua y Barbuda. Surinam, México y Bolivia también expresaron opiniones similares (Naciones Unidas, 1984).

#### RESULTADOS POSIBLES

La amplia gama de intereses y naciones comprendidos en el cuadrante antártico sudamericano sugiere que pueden aparecer diversas posibilidades a medida que el año 1991, psicológicamente significativo, sea alcanzado y dejado atrás. Estos posibles resultados pueden agruparse de la siguiente manera:

Resultados *cooperativos*, con acuerdo general entre los actores clave, que evitarían la confrontación seria. En vista de los intereses creados de las superpotencias y otras naciones miembros del sistema del tratado, el resultado más probable es la continuación del actual Sistema del Tratado Antártico (STA). Este resultado se vería realizado si el STA fuera ampliado gradualmente para permitir el acceso de nuevos miembros activos en la Antártida, y, más aún, si se pudiera implementar un modo efectivo de controlar la explotación mineral (el así llamado régimen minero) basado en el acuerdo firmado en junio de 1988 en Wellington, Nueva Zelanda. Pero la ampliación del STA no puede continuar indefinidamente o se convertirá en una mini-Naciones Unidas, con toda la discordia e ineficiencia del caso. Otros dos resultados cooperativos, la internacionalización ("legado de toda la humanidad") y el ecológico ("parque del mundo"), parecen improbables, debido a la oposición de los miembros del STA, especialmente de las superpotencias y los miembros territoriales del STA.

Resultados *conflictivos* se producirían a partir del agotamiento del STA o de la polarización entre las diversas naciones con fuertes intereses antárticos. No parece racional que alguna nación deseara deliberadamente terminar con el STA, pero, como lo ilustra la guerra anglo-argentina de 1982, la racionalidad puede sucumbir ante el patriotismo alimentado por una geopolítica altamente nacionalista. Según este escenario, una nación podría encarar acciones unilaterales para llevar a buen término su reclamo antártico o para lograr el control de un recurso valioso. También pueden producirse choques entre dos países cualesquiera con intereses y presencia antárticos, quizás sobre algún incidente menor. O puede haber polarización entre los miembros del STA y las naciones excluidas.

Resultados *mixtos* que comprenderían la cooperación entre ciertos grupos de países que luego utilizarían su mayor poder para enfrentar a los de afuera. Un condominio del cuadrante sudamericano (o latinoamericano) sería un ejemplo: las naciones incluidas en el cuadrante cooperarían en la Antártida y compartirían el beneficio económico, pero deberían confrontarse con las naciones excluidas del proceso. Como lo ha sugerido este capítulo, hay una fuerte corriente en el pensamiento geopolítico sudamericano que apoya tal enfoque cooperativo; raramente este tipo de pensamiento valoriza el problema de confrontar a las naciones excluidas, que serían Estados Unidos y la Unión Soviética entre otros. Otro resultado mixto podría ser el método de determinación de sectores por frente incitando a Brasil y sus tres socios a reñir con la Argentina y Chile (y otras potencias no hemisféricas). También podría existir cooperación entre ciertos conjuntos de naciones (R. Argentina-Chile, R. Argentina-Brasil, R. Argentina-Chile-Brasil, Chile-Gran Bretaña), situación que reforzaría las posiciones antárticas de las naciones involucradas pero que conduciría casi inevitablemente a confrontaciones con otras.

Cualquiera sea el resultado real, parece claro que las naciones sudamericanas tendrán algo que decir en el proceso, en especial si el resultado se ve influido por incidentes, actividades o recursos en el área que mejor les sirve de testigo: la Península Antártica, en la cual tantas naciones (incluyendo más de media

docena de latinoamericanas) tiene interés y presencia. También parece probable que el resultado sea cooperativo, conflictivo o mixto, se vea influido por tendencias del pensamiento geopolítico sudamericano. Hay indicios de que la vieja retórica geopolítica chauvinista, agresiva y nacionalista del pasado ha ido dando lugar a una corriente de pensamiento geopolítico de cooperación e integración. Pero aun esta corriente puede llevar a confrontaciones si une a las naciones sudamericanas o latinoamericanas, pero las incita a reñir contra las demás naciones que también tienen interés en el desarrollo político y económico del continente helado.